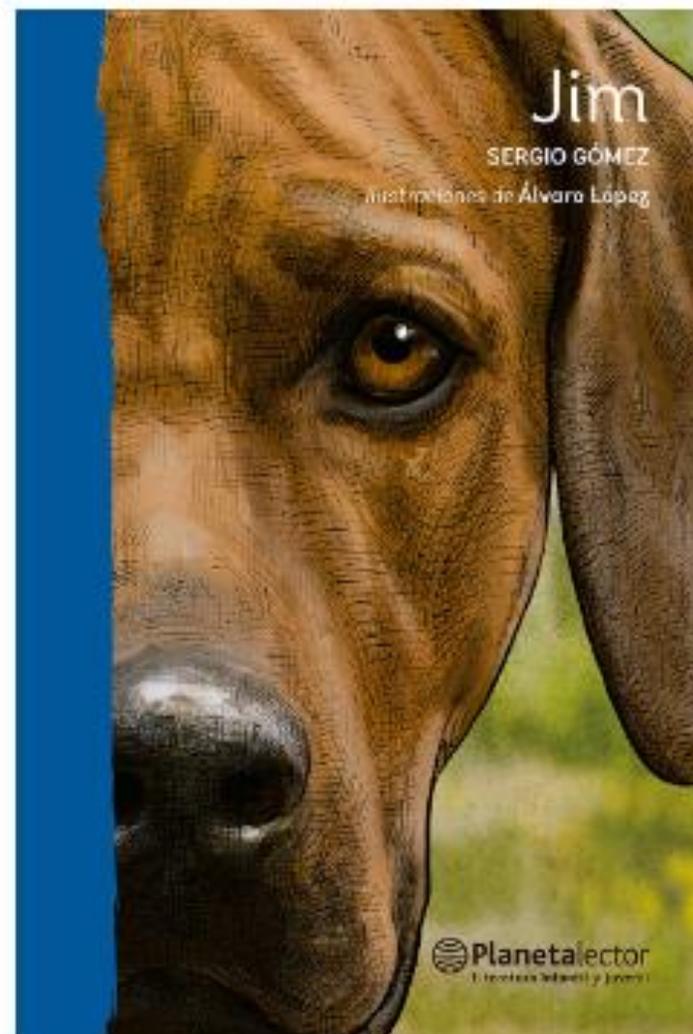


Jim

SERGIO GÓMEZ

Ilustraciones de Álvaro López

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil



PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Jim y Jimo vivían en una calle arbolada y fresca que caía a avenida Pocuro. A los dueños de la casa los conocí muy poco, nunca fuimos amigos, solo vecinos. Ellos vivían en una casa y yo en un edificio que les cerraba el patio. Nos saludábamos cuando paseábamos por el parque que sigue por varias cuadras esa avenida. También los encontraba en fiestas de amigos comunes. Era una pareja joven. A veces trotaban por el parque, como muchos otros, con pañuelos en la cabeza, ropa deportiva y

audífonos en los oídos. Creo haberlos visto también con ese perro, la madre de Jim y Jimo. Mi primera impresión —puedo equivocarme— fue ver a una pareja feliz. A él alguna vez lo vi subir a una bicicleta para llegar a su trabajo. Sentí envidia: con corbata, bolsón de trabajo, pero arriba de una bicicleta, con expresión de satisfacción y felicidad.

Emprendí varios viajes en esa época, incluso viví en el extranjero; ese debió ser el motivo porque no volví a ver a esa pareja en un largo tiempo. Cuando por fin lo hice, todo había cambiado entre ellos. A él, por ejemplo, nunca lo volví a ver en su bicicleta, sino en una camioneta gigante, de neumáticos anchos. A ella, un día, la encontré en una pastelería del barrio. Su cara era triste y aburrida. Nunca más los vi juntos trotando por Pocuro, o en el parquecito que baja Tobalaba, por donde yo trotaba, aunque

solo lo hacía los fines de semana. Teníamos amigos comunes, creo que lo he dicho antes, por eso me enteré lo que ocurrió con ellos dos. Aún seguían viviendo en esa casa de calle Las Amapolas, una calle linda, de casas con jardines, que desemboca en avenida Pocuro.

Desde el segundo piso veía la casa de la pareja, o más específicamente, una parte importante de su patio. Allí vi a un perro junto a dos cachorros recién nacidos. Voy a confesarlo: nunca me han gustado los animales, tal vez por eso vivo en un departamento, para no tener ningún tipo de mascotas.

Ese día bajé las escaleras de mi edificio y caminé por la vereda. Disimuladamente pasé por el portón del patio de esa casa. Cuando venía de vuelta el portón se abrió de pronto y la señora que hacía

el aseo apareció cargando una enorme bolsa negra con botellas para que el camión las recogiera. No le importó que le echara una mirada a los cachorros, pero solo desde la puerta. Los vi dando saltos, entumidos de frío, sus colas eran pequeñas y vibraban como resortes. Su madre los vigilaba. Y fue la señora del aseo quien me informó los nombre de los cachorros: Jim, el más grande, Jimo el pequeño pero robusto. Parecerá extraño que diga esto, pero en esa ocasión, desde el portón de la casa, fue la primera y la única vez que vi a Jim y a Jimo.

Capítulo 2

De lo que ocurrió después, me enteré escuchando los relatos de mis amigos que conocían a la pareja, fueron ellos los que me dieron los detalles de lo ocurrido. De esa forma, uniendo fragmentos, pegando otros, fui armando una historia.

Los cachorros, que cumplían algunas semanas, nunca volvieron a entrar a la casa. Fueron los más afectados por el ambiente tenso que existía. Tuvieron suerte, porque recién comenzaba la

primavera en Santiago y las noches, aunque todavía frías, eran soportables. Jim y Jimo dormían acurrucados cerca de su madre, en un rincón temperado de la lavandería del patio que yo veía desde mi ventana.

Una noche se produjo una descomunal pelea en la casa. Se dijeron muchas cosas, todas hirientes. Cuando se discute de esa forma las frases se largan como piedras. Una de esas frases fue: “No quiero saber más de esos cachorros”. Y la siguiente, peor: “Llévatelos de aquí, no hay espacio para criar perros”.

Al día siguiente, el hombre llegó con una caja de cartón. Sin pensarlo cogió a los dos cachorros y los echó allí. Jim y Jimo no se hicieron problemas porque creían que era un juego. El hombre acomodó la caja en el asiento de atrás y arrancó la camioneta.

Cruzó Santiago hasta que encontró la ruta hacia el sur. No tenía claro adónde se dirigía. En la caja los cachorros se impacientaron, comenzaron a llorar y a mordisquear el cartón. El movimiento también los mareó y al final se durmieron. La caja era estrecha y los hermanos producían calorcito que llamaba al sueño. Un poco más adelante, debido a las vueltas, Jimo, el más pequeño y gordo, se descompuso y vomitó el desayuno.

Capítulo 3

Hacía mucho tiempo que el hombre no seguía esa ruta, una con tres pistas que baja hacia el sur y se aleja de la ciudad. Alguna vez, en verano, hizo ese recorrido junto a su mujer. Pero a ambos les gustaba vivir en Santiago, no les interesaban los paisajes o la naturaleza, o solo les interesaban para fotografiarlos.

Un letrero indicó la salida de la ciudad. Como el hombre no tenía nada más que hacer, y regresar a la casa le provocaba

pesadez, siguió sin detenerse. Luego de pasar el puente sobre un río, el paisaje se despejó. Después de una hora, y sin meditarlo, solo porque le pareció que era suficiente, buscó una salida de la carretera. Se detuvo un momento y, todavía sin pensar con claridad, dobló el volante hacia un camino interior, entre viñedos y campos. El pavimento acabó de pronto. Observó por delante el camino de tierra y ripio, los campos, las parcelas y los arbustos empolvados. No tenía idea dónde estaba. Volvió a acelerar. Avanzó varios kilómetros. Vio una escuela en medio del campo, vio viñedos con uvas verdes, y casas en las entradas de las parcelas. Y al fondo, deteniendo el paso, el fin del camino, es decir, los grandes cerros.

Unos minutos después detuvo la camioneta. Sin pensarlo, pero con prisa, recogió la caja de cartón del asiento de atrás. A su

alrededor solo estaban los extensos campos, se respiraba ese aire fresco, muy distinto al de la ciudad. El paisaje era seco, con matorrales. Dejó caer la caja al suelo. Escuchó en el interior los aullidos de los dos cachorros nerviosos. La caja, por el peso y el movimiento, se inclinó y se desplomó de costado. Por el hueco apareció Jim y luego su hermano tiritando de frío. Miraron hacia todas direcciones. El panorama les era completamente extraño. Lo primero que hicieron fue olfatear el aire. Y lo primero que constataron fue que no estaba cerca su madre. Permanecieron en la entrada de la caja de cartón, sin atreverse a avanzar, apabullados por esa extensión enorme, extraña, reseca, polvorienta, distinta al patio cerrado.

El hombre que los llevó hasta allí se limpió la ropa. No volvió a mirarlos. Los cachorros asomaban sus cabezas desde la caja. Jimo,

el más inquieto de los dos, alcanzó a dar unos ladridos, pero bajitos, apocados y miedosos.

El hombre subió a su camioneta y se alejó por el mismo camino por donde llegó.



Capítulo 4

Todavía el día no acababa y el sol de la tarde calentaba el descampado. Los hermanos, tímidamente, después de pensarlo, salieron a explorar afuera de la caja de cartón. Al principio se divirtieron como lo hacían siempre, aunque Jim presentía que la situación era distinta. No estaban encerrados en los estrechos límites del patio de la casa o en el rincón de la lavandería, y, más importante, no estaba su madre vigilándolos, mordiéndoles cariñosamente las orejas. El lugar era inmenso para ellos: una

extensión de tierra plana con algunos rulos de maleza. Y al fondo los cerros pardos y secos. Cerca del camino vieron algunos cuadrados de tierra cultivada. Estaban en medio del campo y no lo sabían.

Ante tantas posibles preguntas sin repuestas, los hermanos siguieron mordisqueándose; Jimo entretenido con la cola de Jim.

Corrieron no muy lejos de la caja de cartón, sintiendo la tierra que les calentaba las patas.

Jim practicó lo que siempre quiso hacer: carreras de velocidad sin encontrarse con el muro de la casa. Aceleraba levantando polvo, estiraba su cuerpo, el viento le golpeaba en el hocico y le entraba frío por la nariz. Jimo no lo seguía porque se cansaba con

rapidez, prefería descansar y moverse lo menos posible. Jim frenaba y las orejas se le venían para adelante. Doblaba el cuerpo y regresaba a la misma velocidad hasta la caja de cartón, donde lo esperaba su hermano bostezando, solo con ganas de morderlo y seguir jugando.

Supongo que en esos momentos ambos pensaron que pronto vendrían por ellos, los recogerían para llevarlos de vuelta al patio de calle Las Amapolas, otra vez olerían a su madre y comerían esa comida seca y deliciosa que les dejaban en sus platos. Esas primeras horas disfrutaron el paisaje enorme porque estaban seguros de que volverían a su rutina habitual.

Jimo, una hora después, cansado de tanto jugar, se acomodó en el borde de la caja y se durmió profundamente. Jim fue a mirar por

el camino, pero no encontró nada interesante, ni una señal que le indicara que regresaría el automóvil que los llevó hasta allí. Al atardecer escuchó ladridos. Se quedó quieto, giró la cabeza para echar las orejas hacia atrás y percibirlos mejor. Nunca escuchó ladrar de esa forma. Estuvo tentado en responder, pero los suyos eran ladridos de cachorro, es decir, agudos.

Se dio cuenta que eran de dos tipos. Unos más graves, provenían de los viñedos. Los otros, más abundantes y diversos, bajaban con el viento que descendía de los cerros, no eran ladridos de un solo perro, sino de muchos de ellos. Al mismo tiempo que los escuchó sintió miedo. Regresó preocupado donde su hermano. Se acomodó a su lado en la caja de cartón. Sintió el calor y el olor de la respiración de Jimo, y un momento después también se durmió.

Capítulo 5

Después de viajar al extranjero para dictar clases en una universidad, regresé a mi departamento de avenida Pocuro. Era un departamento pequeño, de soltero se puede decir. Tenía un equipo de música y un televisor que nunca encendía porque era solo de emergencia, cuando el aburrimiento me aplastara, aunque era difícil que esto ocurriera porque prefería leer. A veces también escribía, como lo hago ahora, para entretenerme.

Tal vez uno o dos años después de la última vez que vi a esos dos cachorros fue que regresé a mi departamento. Tenía largas vacaciones o simplemente me las otorgué a mí mismo después de trabajar intensamente. De regreso, mi única actividad fue no hacer nada. Trotaba un poco por la avenida y bajaba por Tobalaba hacia el sur. Otras veces solo caminaba durante horas. En una de esas ocasiones, pasé por afuera de la casa de calle Las Amapolas. En las ventanas encontré un letrero triste y definitivo: “Se arrienda”. Entonces comprendí lo ocurrido con esa pareja.

En uno de los paseos por la plaza Las Lilas vi a unos niños; entre las mujeres que los cuidaban reconocí a la empleada del aseo que trabajó en la casa de Las Amapolas, la que alguna vez me abrió el portón para que le echara una mirada a esos cachorros. Mi intención no era saber de la pareja, porque esos eran temas

privados que no me correspondían. Ella no me reconoció, pero como era una mujer divertida y risueña no se hizo problemas para hablar conmigo, sin despegar la vista de los dos niños que cuidaba, los que jugaban con arena a unos metros de donde estábamos.

Lo primero que me aseguró era que ella no era “la señora del aseo”, o no era ese precisamente su nombre. Se llamaba Dalila, un nombre de flor. Agregó que a sus hermanas también las bautizaron con nombres de flores: Rosa y Margarita. Le expliqué que me interesaba saber del perro de esa casa y de sus crías. Lo he dicho en otra parte, a mí los animales no me resultan interesantes, o más bien no me gustan, o no los entiendo, pero en este caso especial sentía curiosidad. La señora Dalila se rió como si le hubiera contado un chiste. Digamos que era una mujer ancha, gorda, y al reírse se estremecía como gelatina en un plato, por eso tal vez daba

confianza. De los cachorros no sabía nada; con seguridad la pareja, sus antiguos patronos, los regalaron a sus amistades antes de separarse definitivamente. Solo de Matilda sabía algo más. El perro, la madre de los cachorros, tenía ese nombre, Matilda. La señora Dalila otra vez se rió, aunque ahora la risa fue con un suspiro incluido. Me dijo que en realidad no se llamaba Matilda. Antes tenía un nombre absurdo, uno que no le gustaba y que prefería no repetir porque era en inglés. Solo ella la llamaba Matilda. La señora Dalila, en esa parte de la conversación, precisó que alguna vez en su casa en Peñalolén, en los faldeos de la cordillera, tuvo dos gatos y un perro que llamó igual, con el mismo nombre, que incluso cuando era niña, cuando vivía en el sur del país, tuvo una gallina que llamaba igual: Matilda. Alguna vez pensó en llamar así a una de sus hijas, pero su marido no estuvo de

acuerdo y la hija fue bautizada con el nombre de María Eugenia, un nombre respetable, como para que lo llevara una jueza o una profesora, o la doctora de un policlínico. Cuando creció María Eugenia, efectivamente, se convirtió en una doctora, así que agradeció, hasta el día de hoy, ese nombre.

Como he dicho, a la señora Dalila, que alguna vez trabajó en la casa de calle Las Amapolas, le gustaba hablar y en algún momento, por fin, terminó de contarme la historia de Matilda.

Después de la separación de la pareja, nadie quiso quedarse con Matilda. El rencor de ambos les hacía no ver los buenos tiempos, más bien todo era oscuro y negativo. La única persona que pensaba claramente en esa casa terminó siendo la señora Dalila. Fue ella quien tomó una decisión y se las comunicó: se quedaba

con Matilda.

Matilda desde hacía semanas comía poco, adelgazó y parecía triste, deambulaba por el patio, buscaba y olía a sus cachorros ausentes. A veces se despertaba creyendo que alguno de ellos corría dando saltos. Lo buscaba en el cuarto de la lavandería, pero solo daba vueltas, desorientada.

Finalmente, una tarde, llegó uno de los hijos de la señora Dalila en una camioneta con barandas. Allí subieron a Matilda. Desde ese día la llamaron así, Matilda. Nunca más repitieron ese desagradable nombre en inglés que para la señora Dalila, su familia y sus vecinos de Peñalolén, no significaba nada. Matilda se resignó y ni siquiera quiso mirar sobre las barandas mientras la trasladaban a otro hogar.

La señora Dalila vivía en una casa cerca de la montaña. El patio de esta casa estaba lleno de árboles frutales: duraznos color violeta, un manzano y un limonero con los limones teñidos por el polvo de la ciudad. Allí la ciudad acababa, incluso en el lugar corría un estero recién nacido en la cordillera, al que los vecinos cuidaban como si fuera un río. Lo cuidaban porque les alegraba que pasara por sus patios y trataban de no ensuciarlo, solo lo ocupaban para regar algunas lechugas. Justamente, en ese preciso lugar, al lado del estero, en la sombra de un manzano, Matilda pasaba el día entero.

A la señora Dalila le gustaba comer y trataba que los demás compartieran ese gusto, incluida Matilda, preparándole sancochados de huesos con harina tostada. De todas maneras, Matilda nunca mejoró del todo. No fue culpa de nadie que llegara

enferma y nunca se recuperara. No estoy seguro, y la señora Dalila tampoco me lo pudo confirmar, si a Matilda le afectó perder a sus cachorros, o más bien no entender lo que había ocurrido con ellos, pero supongo que así fue. De todas maneras, el perro alegre y vigoroso que era antes, nunca se recuperó, el que corría junto con los trotadores de Pocuro, ese no volvió.

Al siguiente invierno Matilda se enfermó seriamente. El veterinario de la municipalidad fue a examinarla, pero no pudo hacer nada.

La muerte de Matilda la lamentó el barrio entero de Peñalolén, a pesar de vivir poco tiempo con ellos. Los vecinos estuvieron de acuerdo entonces en que el mejor lugar para enterrarla era, justamente, al final de los patios, allí donde se descolgaba el hilito

del estero, entre los duraznos morados y el manzano. La señora Dalila lloró durante dos días seguidos. Finalmente, dejó de llorar y se fue a buscar un nuevo empleo, porque a pesar de que su hija era médico y le ayudaba con dinero; a pesar de que otro de sus hijos era un excelente mecánico con un taller en avenida Grecia; y que incluso su marido era el mejor jardinero de la Municipalidad de Peñalolén, ella seguía siendo una mujer alegre o, como decía: parte de su alegría se la debía al trabajo. Por todo lo anterior no le fue difícil encontrar uno, que incluía cuidar a esos niños que jugaban a metros de donde estábamos conversando ese día en la plaza Las Lilas.

Capítulo 6

La siguiente mañana, con los primeros rayos de sol, ambos hermanos se sintieron mejor o menos tristes, sorprendidos por su nueva vida, tan diferente a la anterior. Corrieron por entre las piedras sueltas, bajo los romerillos que se inclinaban en el comienzo del cerro. Uno de los arbustos con espinos le picó el trasero a Jimo. Tampoco era buena idea quedarse a los pies de ese cerro.

Apenas comenzaron a bajar, Jimo se encontró de pronto con un conejo que emergió de una madriguera en la tierra. Ambos permanecieron inmóviles, mirándose como si hubiesen visto a un fantasma. A Jimo el conejo le pareció un cachorro extraño, de orejas largas y de hocico pequeño. Como no sintió miedo, movió la cola, levantó las orejas y lo invitó a jugar. Pero al conejo no le interesó jugar con un cachorro de perro y emprendió una carrera a una velocidad increíble. Nadie, ni siquiera su hermano Jim, podía correr de ese modo y desaparecer escondiéndose en la entrada de la madriguera, como si desapareciera de pronto.

Encontraron una acequia donde bebieron agua que olía a hierbas. Para cruzar hasta la otra orilla pasaron sobre dos troncos que hacían de puente, e inmediatamente se enfrentaron con un cerco de alambres. Al otro lado se veían parronales ordenados en

líneas, creciendo retorcidos hacia arriba. Y, al final, entre el ramaje, vieron una casa de paredes de adobe. Siguieron la línea del cerco sin atreverse a entrar, hasta que los parrones se despejaron y la visión de la casa fue completa. Las ventanas le hicieron recordar a Jimo las de la lavandería donde dormían, por eso, sin cuidarse, pasó por debajo de los alambres, por la huella de las parras, creyendo que había regresado, que allí lo esperaba su madre, la señora Dalila y el plato de bolitas secas para comer. Jim no lo pudo detener. Jimo corrió levantando la cola, dejando que las orejas se batieran en su cara, seguro de que acababa de encontrar su hogar. Entonces emergió el ladrido profundo de un perro. Era uno enorme, delgado, con un largo cuello musculoso. Apenas descubrió al cachorro en la huella de la plantación, se dirigió hacia él ladrando furioso. Su orejas eran pequeñas, casi hundidas en el

cráneo. Los dos cachorros de la ciudad dieron la vuelta y regresaron desesperados por donde habían entrado. Jimo era redondo y lento. En cambio, Jim era ágil, por eso llegó primero hasta el cerco. Jimo corría con la cola molestándole entre las patas, las orejas hacia atrás y los ojos llenos de espanto. Cruzó el cerco y el puente justo a tiempo, antes de que el perro delgado lo alcanzara. El guardián se frenó a pocos metros del cerco. Ladró hacia los cachorros, pero enseguida se aburrió y volvió a su lugar. Los cachorros, agitados, respiraron acelerados y con miedo. Se miraron sin saber qué hacer a continuación.

Rodearon completamente la parcela, dejándose llevar por la línea de la acequia. Mientras avanzaban miraban a través de las parras lo que ocurría en la propiedad. Después de doblar en una esquina encontraron un camino de tierra y piedra. Un poco más

allá estaban los portones de la entrada. Vieron, en los patios, además del perro delgado, a otros dos perros viejos, los que descansaban al sol, echados cerca de una bodega y de un gallinero. Uno se levantó un momento, los olfateó a la distancia, pero fatigado y sin ganas de ladrarles. El delgado era joven y fuerte y corría más rápido, incluso más rápido que el conejo que acababa de ver Jimo en la bajada del cerro. Ninguno de esos perros era amistoso y Jim comprendió que el cerco y los portones eran el límite tolerable. No los dejarían entrar más allá.

En ese mismo momento en que entendió cómo iba todo, vio a un niño con botas de goma por detrás de la casa. En sus manos llevaba una olla. Gritó un nombre: Zulú. El perro flaco perdió su fiereza y se transformó en un cachorro alegre, dio saltos, sacudió la cola. Los otros dos viejos apenas se movieron, aunque igual

agitaron las colas con desgano, barriendo el piso de tierra seca. El niño de las botas les habló. A la distancia los cachorros no escucharon ni entendieron lo que decía. Se acercó a las ollas en el suelo y dejó caer allí un guiso espeso. A la distancia los cachorros comprendieron que era alimento. Unos segundos después, el viento arrastró el aroma caliente desde esas ollas, un aroma que casi los hace caer de espaldas. Era delicioso. Sus ojos se nublaron. Jimo estornudó y trató de levantar lo más alto posible su cabeza para llenarse la nariz de ese aroma.

Después de llenar la olla de Zulú, el niño se fue donde los perros viejos, que seguían moviendo la cola sin entusiasmo, como si aceptaran que les llenaran sus ollas sin agradecer. Comieron haciendo ruido, lo que provocó, a la distancia, más hambre en los cachorros. Jimo amagó entrar por el caminito a la casa, pero Zulú,

atento, levantó la cabeza y miró hacia la entrada. No hizo nada más pero fue suficiente. No tenía ganas de perseguirlos porque estaba almorzando, pero su expresión les decía que si daban un paso adentro de los portones, él haría su trabajo: ningún extraño, no importaba que se tratara de cachorros, entraría en esa propiedad.

Ante los portones Jim y Jimo caminaron en círculos, maravillados por ese aroma que se fue desvaneciendo en la medida que los perros terminaban de comer. Cuando acabaron, uno de los viejos se acercó a la entrada, pero solo unos metros para oler a los cachorros. Cuando comprobó quiénes eran, dejó de interesarse y regresó a echarse en un rincón.

No sabían qué hacer. No se les permitía entrar hasta la casa de adobe. Sus estómagos se inflaron como globos por el hambre que sentían.

Frente al cerco de la entrada encontraron un cuadrado de hierba donde se fueron a echar. El pasto estaba húmedo y los refrescó. Desde allí vigilaron la casa, esperando que algo ocurriera.

Capítulo 7

¿Cómo me enteré de lo que les ocurrió a los hermanos las primeras semanas? Solo puedo decir que muchos años después estuve recorriendo esos campos y viñedos. Un fin de semana llegué con una grabadora y pregunté a todo el que se puso por delante. Si llegué a ese lugar, a más de una hora de viaje de la ciudad, fue con ayuda y un poco de suerte. Había estado, un año antes, en un congreso académico en una universidad de Madrid, la capital de España. En esos congresos no se decide nada

importante, solo se discute, se leen estudios difíciles de entender para el que los escucha, o incluso para el que los escribe. El descanso de las sesiones los profesores lo ocupábamos para tomar café, fumar en los patios y conversar cualquier otro tema que no fuera las aburridas ponencias, o, simplemente, estirábamos las piernas. Me quedé mirando los callejones de la universidad, a los estudiantes de distintas nacionalidades, mientras pensaba en cualquier cosa que me relajara. Entonces vi venir a alguien que me pareció conocido. Al principio creí que era un estudiante, pero luego lo enfoqué mejor y apunté: era mi vecino de calle Las Amapolas, el mismo que veía desde las ventanas de mi departamento, el mismo que veía trotando con su perro. Por supuesto, él no sabía que yo estaba enterado de que su perro ahora no existía y que en sus últimos años llevó un nombre distinto al

que él le dio. Habían pasado más de cuatro años desde que supe de su separación y de la muerte de Matilda. Pero, además, sabía que ahora su antigua casa la ocupaba alguien más.

Como teníamos amigos comunes no resultó extraño que lo saludara. Además, éramos dos compatriotas, vecinos incluso, que nos encontrábamos lejos de nuestro país. Él tardó un momento en reconocermelo, pero cuando lo hizo se rió, como ocurre siempre que alguien se encuentra al otro lado del mundo con un conocido, como si fuera un hecho casi extraordinario o sobrenatural.

Al verlo me recordó su primera época, cuando recién lo conocí. Tal vez me dio esa impresión porque llevaba a su lado una bicicleta, un casco y una mochila con libros, o tal vez porque lucía alegre y relajado. También se alegró de encontrarme. Me dijo que

desde hacía algunos meses estudiaba un posgrado en esa universidad. Vivía en Chile, pero no en la capital sino en la ciudad de Valdivia, en el sur, a la orilla del río Calle-Calle, el que veía desde su ventana por las mañanas cuando se despertaba. Entonces agregó, de forma muy natural, que estaba separado de su mujer.

Antes de despedirnos, porque tenía algo de prisa para llegar a una clase, agregó dos cosas más: una era una invitación cuando atardeciera a un bar a pocas cuadras de esa facultad, no muy tarde porque los españoles entran a los bares antes de que se vaya el sol. Y la otra, más importante, dijo que su nombre era Antonio, aunque le decían Toño.

A las siete de la tarde concluyeron las sesiones de mi congreso. Entonces me fui a sentar al bar que Toño me indicó. Lo encontré

leyendo sus apuntes, tomando una cerveza y comiendo tapas de distintos colores y formas. Conversamos por varias horas. No éramos amigos, ni tampoco pretendíamos transformarnos súbitamente en amigos solo por encontrarnos tan lejos. De todas maneras, nos gustó hablar, preguntarnos de gente que ambos conocíamos en Santiago. Él dijo que viajaba poco a la capital, prefería Valdivia, una ciudad con sus vapores, con jardines alemanes, con deportistas haciendo remo en el río, una ciudad diferente a la capital. Esperé hasta el final para preguntarle sobre sus mascotas, las que, le dije, sin darle mayor importancia, veía desde mi departamento. Toño entonces se descompuso, la cara se le cayó triste. Me contó que nada sabía de su perro, y que en realidad prefería no enterarse.

Después de un momento de silencio —porque sin duda no esperaba hablar de ese tema—, con los ojos cargados de remordimiento, me contó los detalles sobre el día en que echó a los cachorros en una caja de cartón y se los llevó lejos, al campo, a un lugar que ni siquiera recordaba con exactitud. Me contó de las horas que condujo la camioneta, la variante del camino de tierra donde entró y donde llegó finalmente. Y cómo abandonó la caja esperando que lugareños en los campos cercanos se hicieran cargo de los cachorros. Cuando me lo dijo, sus ojos, lo juro, se llenaron de lágrimas. Se sentía mal por eso, durante mucho tiempo le remordió la conciencia, trató de justificarlo por la situación que pasaba con su mujer. Fue un momento en que no era él, se disculpó. Luego terminó contándome lo que yo sabía, pero que me abstuve de mencionar: que su perro se lo llevó la señora Dalila, la

que hacía el aseo y cocinaba algunos días de la semana en su casa. Cuando dijo que creía que su mascota estaría bien en Peñalolén, comprendí que no sabía el final de la historia, es decir que Matilda vivió tranquila, atendida y querida por la señora Dalila hasta su muerte. En ese momento quise contarle lo que yo sabía para que le pesara lo que hizo con esos cachorros, pero no dije nada. Tal vez porque en ese momento pensé que alguna vez escribiría sobre Jim y Jimo, sobre la señora Dalila y Matilda, sobre la casa en calle Las Amapolas, aunque pareciera extraño que lo hiciera alguien como yo, al que nunca le han gustado los animales.

Capítulo 8

Los dos cachorros se durmieron sobre el cuadrado de pasto, sin nada que hacer ni dónde ir. No alcanzaron a reaccionar cuando apareció una niña caminando hacia los portones. La niña los observó a corta distancia, sentada en el madero del portón, sin atreverse a bajar hasta el camino o acercarse al cuadrado de pasto. Los cachorros no se movieron, nerviosos, solo agitaron las cabezas y tímidamente sus colas. La niña trataba de estudiarlos, de saber quiénes eran. Entonces bajó del travesaño y regresó caminando a

su casa. Llevaba botas de goma, igual que su hermano, el niño que alimentó a los perros de la parcela. Los cachorros se levantaron, se miraron, y volvieron a hacer círculos en el pasto sin decidirse hacia dónde dirigirse. Jimo chilló bajito, tampoco querían molestar a ese perro flaco y fuerte que llamaban Zulú, o a los otros más viejos. Si reclamaba era porque el hambre volvió con retorcijones que lo estremecían.

Unos minutos después vieron regresar a la niña de las botas de goma. Caminaba cantando, pateando las piedras y rascándose la cabeza. Cuando estuvo frente al portón de la entrada, estiró su mano por entre los alambres y trancas, por allí apareció un tarro que dejó en el suelo. Se dio vuelta y regresó a la casa.

Jimo, o la nariz de Jimo, reconoció el aroma. Como si lo tocara un golpe eléctrico, dio un salto, cruzó el camino y hundió el hocico en ese tarro. Después lo hizo Jim, más cauteloso. El olor era delicioso y único: olía a comida recién preparada. Fue el primer almuerzo caliente en sus vidas. La señora Dalila los alimentaba con esas bolas duras y secas que les provocaban sed. Pero la comida caliente de ese tarro era distinta. Para los dos hermanos fue inolvidable.

Cuando solo quedaron los restos pegados al fondo, volcaron el tarro y se alternaron para meter el hocico y limpiar con la lengua hasta el último vestigio del guiso. Al terminar quedaron mareados de satisfacción. Entonces escucharon, a la distancia, cómo Zulu ladró en dirección al portón, sin moverse de donde estaba, solo para que entendieran que tenían suerte de comer, pero que no se

atrevieran a cruzar más allá.

Capítulo 9

Los siguientes días fueron los mejores para los cachorros. No se movieron de ese cuadrado de pasto. Cuando sentían sed —dos veces al día— recorrían los cercos que encuadraban la viña y bajaban a beber en el estanque que regaba la propiedad. Frente al camino, bajo los romerillos y un colliguay secos, se escondían y pasaban las noches sin problemas. Por la mañana se desentumecían corriendo y jugando, mordiéndose entre ellos o persiguiendo insectos o algún conejo que aparecía al amanecer. A

veces se encontraban también con ratones entre los pajonales y pastos secos, pero a ninguno de los dos hermanos le gustaban los ratones ni siquiera para jugar. Cada día, cuando el sol estaba arriba de sus cabezas, en el centro del cielo, veían aparecer a la niña de las botas de goma con el tarro de comida. Caminaba hasta el portón de la entrada, pasaba la mano entre los alambres y lo dejaba en el suelo. Los cachorros se abalanzaban felices de probar los sancochados.

Zulú dejó de interesarse en ellos. Solo en una ocasión se alertó furioso cuando, por un error de cálculo, Jimo atravesó los alambres del cerco de la entrada persiguiendo a un moscardón. Debió escapar otra vez con las orejas batiéndole la cara, seguido por Zulú, que estiraba su cuerpo delgado y abría su mandíbula con la intención de hincarle las patas al cachorro. Jimo, a pesar de que

había engordado con esos almuerzos de la casa de adobe, logró pasar a tiempo por debajo del portón hasta el camino, donde se detuvo llorando, asustado y tiritando.

Durante esas semanas los dos hermanos aumentaron de tamaño. La única opción era quedarse allí, no moverse más de ese lugar, en el cuadrado de pasto, y dormir bajo los romerillos, dar paseos por el camino, pero sin perder de vista los portones del viñedo desde donde los alimentaban.

En dos ocasiones vieron entrar a una camioneta con sus latas sueltas, vieja y sucia. Primero escucharon a la distancia el ruido del motor y luego la vieron acercarse. Parecía que se despedazaría y sus piezas caerían antes de llegar. Cuando estuvo frente al portón, el niño de las botas de goma corrió a abrir. Los cachorros,

hundidos en los matorrales, al otro lado del camino, apenas asomaron sus ojos tratando de que nadie los viera, espantados por ese ruido siniestro y el olor a bencina quemada. La camioneta se estacionó bajo uno de los árboles. Un hombre bajó, se limpió las manos y el polvo de la ropa. Lo recibió una mujer y los niños. Parecían alegres con el reencuentro. Incluso los perros viejos y Zulu daban saltos y corrían alrededor de la camioneta. El hombre traía regalos. Luego se perdieron en el interior de la casa, desde donde se escucharon risas y música de una radio.

Por un momento, Jim pensó que venían por fin por ellos, que esa camioneta vieja, de latas sueltas, era la misma camioneta que los trajo hasta ese lugar apartado. Y que aquel hombre era el mismo hombre que alguna vez vieron acariciarle la panza y el cuello a su madre.

Pero de pronto Jim comprendió la verdad: no volverían por ellos, no volverían a ver a su madre o a la señora Dalila, no volverían a dormir en el cuarto de la lavandería. Estaban solos. Dependían de esa niña de las botas, que los observaba a la distancia como si los dos fueran una rareza.

La segunda ocasión en la que regresó la camioneta destartalada por el camino, lo hizo cargando unos cubos de alambres llenos de gallinas. Cuando los cachorros la escucharon acercarse les pareció divertido el motor ruidoso mezclado con el cacareo. Otra vez la camioneta se detuvo frente a los portones. El niño corrió a abrir y después de entrar se perdió por el sendero que llevaba a la casa.

Jim nunca olvidó ese día por lo que sucedió un momento después. Los dos cachorros, por curiosidad, quisieron conocer esas

gallinas bulliciosas y se acercaron a los cercos de los parronales, sin intenciones de ir más allá. Exploraban con cuidado, arrastrándose, sin atreverse a nada más, mirando entre las parras. Afuera, los perros viejos, cansados del ruido del interior de la casa, buscaban la sombra para dormir la siesta. Solo Zulu observaba las gallinas recién llegadas, las que se sumaban a un buen número que ya existía en el gallinero.

Distraído, Jim contempló los campos cercanos: unas bandurrias chillonas cruzaban el cielo. Entonces sintió un golpe tremendo en su cabeza, un golpe invisible que lo derribó. El dolor le hizo revolcarse. El centro de la cabeza le ardió como fuego. Instintivamente corrió, aullando, sin saber lo que ocurría. Pero el dolor lo seguía y unas gotas de sangre bajaron hasta sus ojos. Entonces vio, arriba de uno de los árboles, apartados del viñedo, al

niño de las botas, el hermano de la niña que los alimentaba, que en sus manos sostenía una honda de goma. Los cachorros se hundieron en lo pajonales y no se movieron durante horas. Jim siguió quejándose de dolor por la piedra en su cabeza. La herida comenzó a secarse, pero la sorpresa y el miedo le seguían. Desde ese momento, y a pesar de esos guisos tan deliciosos que esperaban a que aparecieran cada día frente a los portones, Jim comprendió que debían alejarse de allí.

Capítulo 10

Sucedió al día siguiente. Los dos estaban hundidos en el revoltijo caliente que comían y que les parecía maravilloso. La comida incluía pedazos de carne con grasa y algunos huesos. Tal vez por eso, porque engullían felices, ninguno se dio cuenta cuando el niño de las botas apareció al otro lado de los portones. Al primero que atrapó fue a Jim. Le hundió los dedos entre el cuello y el hombro. Jimo, por el miedo, quedó paralizado, con una pata dentro del tarro de comida. El niño se rió. Enseguida atrapó también por el cuello a

Jimo. Después echó una mirada hacia la casa. No quería que su hermana o nadie lo viera. Fue en ese momento de desesperación que Jim dobló la cabeza y hundió sus dientes con fuerza en la mano que le apretaba la pata. El niño dio un grito y lo dejó caer. Jim se enredó sin poder huir. Ese momento de desorientación sirvió para que el niño le lanzara una patada con sus botas de goma. Jim recibió el golpe en el estómago. Perdió el aire, rodó cubierto de polvo y barro. El niño estaba furioso por la mordida. Atrapó otra vez a Jim del cuello, esta vez sin permitirle doblar la cabeza. Alzó a los dos cachorros. Cruzó el camino y se internó por el campo vecino, uno que parecía que nadie ocupaba, donde crecía hierba reseca. Mientras se alejaban de la casa, el niño de las botas de goma los regañaba por la mordida. A veces remecía a los dos cachorros, los que lloraban sin saber qué ocurriría.

Cruzaron cercos de madera y una alameda de boldos. Hasta que llegaron a una acequia que regaba la siembra de una parcela más grande que la de los parronales. Sin dudarlo, el niño de las botas arrojó a los cachorros a la corriente de agua. Los dejó caer sin siquiera interesarse por lo que ocurriera con ellos. Enseguida regresó por el camino, acariciando su mano herida.



Jim se hundió en el agua fría. La desesperación y el miedo lo hicieron levantar el hocico. La corriente era fuerte y lo arrastró a una increíble velocidad. Vio a su hermano flotar a su lado, luego sumergirse y aparecer más adelante. Ninguno de los dos ladraba o lloraba por miedo a tragar agua. Un remolino los hizo dar vueltas y los volvió a hundir. Jim creyó que se moriría, que se ahogaría y que nadie se acordaría de él o de su hermano. Pero enseguida, el mismo remolino lo lanzó hacia arriba. Trató de nadar moviendo desesperadamente las patas, mordiendo la maleza de la orilla, pero la corriente era poderosa y lo devolvía al centro del canal. Giró la cabeza buscando a su hermano, pero no lo vio por ninguna parte. Durante varios minutos se dejó llevar por la corriente. Cuando intentaba llegar a la orilla, resbalaba en la greda húmeda del fondo y volvía al centro del canal. Sus fuerzas comenzaron a disminuir.

Vio entonces la rama de un árbol que caía desde la orilla. Mordió las hojas hasta deshacerlas. Mientras lo hacía se dio cuenta de que sus patas traseras tocaban el suelo arenoso, entonces dio un salto hasta la orilla, donde quedó tendido como un pedazo de trapo mojado, respirando agitado. Tosió y el agua le salió por la nariz, la boca y las orejas. Rápidamente levantó la cabeza para buscar a su hermano. No estaba por ninguna parte. Aulló y ladró desesperado. Otra vez cayó en los yuyos de la orilla. Siguió ladrando con todas sus fuerzas. Entonces escuchó, con claridad, el quejido agudo que conocía muy bien. Su hermano Jimo le respondía, pero a una distancia considerable. Estaba en la orilla opuesta del canal. Saltó por los pajonales buscando un terreno más alto y despejado. Pero enseguida comprobó que aquella orilla estaba cerrada por cercos de madera y vegetación que no le permitían el paso. Estaba

atrapado entre la acequia y los cercos musgosos. Durante los siguientes minutos, los cachorros siguieron ladrándose. Escuchó a Jimo cada vez más lejano, hasta que no escuchó nada más.

Así también oscureció de pronto. Encerrado en la orilla, temblaba de frío. Se hundió en los pastos para entrar en calor, pero el lugar estaba húmedo. Cuando la oscuridad no le permitió ver se conformó con quedarse donde estaba, sin moverse por miedo a caer a la corriente de agua.

Apenas durmió aquella noche, la peor desde que estaba allí. A veces levantaba la cabeza, ladraba y aullaba para que lo escuchara su hermano. Luego dirigía sus orejas mojadas en todas direcciones, pero no volvió a escuchar los ladridos de Jimo.

Capítulo 11

Despertó enfermo, con fiebre, entre el pajonal. El sol apenas aparecía entre las nubes. Le resultó difícil abrir los ojos, los sentía pegados con engrudo. Estaba cansado y triste por su hermano. Seguían las tembladeras por su cuerpo.

Recorrió el borde de la acequia, donde el agua pasaba ruidosa. Intentó otra vez encontrar la salida, pero se lo impedían los cercos altos de madera y musgo. Exploró cada tramo para salir de allí:

estaba atrapado. La única solución era arrojarse otra vez al agua y cruzar hasta la orilla contraria. Esperó una hora para que el sol lo calentara un poco y lo secara. Su cabeza giraba y se le caía sobre los hombros. Puso su hocico entre las patas y volvió a dormirse por un rato.

Cuando abrió los ojos, en la otra orilla vio a un perro. Creyó que soñaba, que la fiebre lo hacía imaginarse cosas. El perro era gigante, o eso le pareció a Jim. Lo observaba desde el otro lado sin amenazarlo ni intimidarlo, levantando el cuello largo y su hocico de color blanco. Luego, simplemente desapareció del lugar.

Cuando despertó definitivamente, Jim entendió que debía volver al agua si quería escapar de la trampa donde estaba. Se acercó lentamente a la orilla. Lo pensó un rato. El agua le pareció

más fría que el día anterior. La corriente enseguida lo hizo girar con fuerza y lo hundió. Otra vez tragó agua. Sus cálculos fallaron. Cuando logró estabilizarse y nadar con la cabeza fuera del agua, la corriente lo llevaba varios metros más adelante. Pero en uno de los recodos del canal la corriente frenó un momento y lo lanzó con tanta fuerza hasta la orilla opuesta que se arañó la panza con las murras espinosas. En el terreno plano se secó agitándose. Se sentía débil y la fiebre le apretaba la cabeza.

Allí el paisaje era completamente distinto. No estaba la casa de adobe, tampoco los parronales. Solo los sembrados y, más cerca, los cerros. Incluso los cerros no parecían los mismos de antes. El recorrido por la acequia lo había alejado.

Subió hasta un montículo de piedras. Desde ahí ladró durante un rato esperando que Jimo lo escuchara. Luego levantó las orejas, pero solo llegó de vuelta el viento a veces tibio y luego frío.

El cielo se cubrió de nubes de pronto. Jim se sentía enfermo. Temblaba. Su pelo estaba húmedo y olía pésimo. No sabía dónde ir, qué dirección elegir en medio del campo. Vio casas de madera al final de los potreros, pero enseguida pensó que no se arriesgaría a encontrarse con el niño de las botas otra vez. Se dio vuelta y se dirigió a los cerros. Ni siquiera sentía hambre. Su cabeza le palpitaba adolorida y los ojos se le cerraban. Ascendió lentamente.

Repentinamente comenzó una lluvia finita, mientras el viento se encargaba de embadurnarle el lomo con agua. El frío llegó con la lluvia. Las ramas de los árboles se movían. Quedaría empapado y

no podría seguir. En ese momento, en la entrada de una quebrada del cerro, encontró una casa de madera. Su primera intención fue huir, pero casi enseguida se dio cuenta de que allí no vivía nadie, estaba abandonada. No existían puertas, ni ventanas y la madera estaba desgastada y gris. Los goterones de la lluvia eran de piedra, así que con lo último de sus fuerzas entró a la cabaña. Vio algunas sillas y una cortina semidescolgada. Todo era un desastre, roto, deteriorado, podrido y en desorden. Nadie habitaba ese lugar, pero, al menos, era un techo que detenía la lluvia.

En un rincón encontró unos sacos que olían mal. Hundió la cabeza debajo y luego acomodó el cuerpo entero; solo dejó afuera su nariz. Después de unos minutos sintió un poco de calor. Su cabeza no resistió y perdió la conciencia. Antes, alcanzó a pensar en su hermano perdido, hasta que todo se volvió oscuridad.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 12

Las siguientes horas —o tal vez días—, Jim apenas los recordó. Se despertaba y vomitaba agua. Su cuerpo hervía de fiebre. Volvía a desmayarse en la oscuridad. Dejó de llover, pero no se atrevió a salir de abajo de esos sacos. Apenas distinguía por la abertura de la puerta un poco de sol; estaba muy débil para levantarse.

Cuando logró ponerse de pie, un par de días después de haberse refugiado en la cabaña, dio algunos pasos, las patas traseras le

temblaban, pero no se atrevió a hacer nada más. Sus ojos estaban cubiertos de costras duras y la boca la sentía seca, como si hubiera tragado tierra. En la otra habitación de la cabaña el techo estaba rajado, y por el hueco, la lluvia había llenado un jarrón oxidado. De ese modo Jim bebió agua fresca. Bebió sin detenerse hasta secar el tiesto. Volvió a la habitación central.

Entonces, inesperadamente, como si fuera magia, en el mismo lugar donde había estado recién, encontró un largo hueso recubierto de carne fresca. Miró hacia la puerta, pero solo vio la hondonada y en el horizonte lejano un cuadrado de siembras. Levantó las orejas. Recorrió los rincones de la cabaña, pero no encontró a nadie. Débil y tembloroso asomó la cabeza por el hueco de la puerta. Afuera brillaba el sol. No existían rastros de la lluvia.

Regresó al interior y masticó ese hueso con carne. Su hambre era enorme, no lo sabía hasta entonces, hasta dar el primer mordisco. Limpió el hueso en pocos minutos y luego lo fue despedazando poco a poco, hasta dejar solo fragmentos. Al terminar se sentía con más ánimo. Salió al exterior y dio una vuelta completa a la cabaña. No había nadie. Sus ideas eran confusas: tal vez Jimo le dejó esa comida, tal vez fue su hermano quien lo encontró en la lluvia, en medio de la fiebre, y lo llevó hasta ese lugar. Desde un promontorio ladró con fuerza hacia el valle. Esperó un momento a que algo ocurriera, que le devolvieran los ladridos, pero no escuchó nada.

El resto del día dio vueltas alrededor de la cabaña sin saber qué hacer, preguntándose una y otra vez cómo llegó ese hueso con carne hasta el lugar donde dormía.

En mitad de la tarde se fue a echar adentro de la cabaña. Se sentía protegido en el rincón de los sacos que olían a papas y a terrones de tierra. No tenía hambre, aunque todavía estaba débil y enfermizo. Se durmió profundamente.

No se dio cuenta de lo que ocurría afuera. Abrió los ojos cuando escuchó ruidos en las paredes exteriores de la casa de madera. Dio un salto hacia atrás y enfocó en la puerta a un perro flaco con el hocico deforme, quien le gruñó amenazante. El perro tenía los ojos de un color rojo intenso. Por primera vez, en su corta existencia, pensó que no valía la pena sentir miedo, que eso no lo ayudaba, más bien lo inmovilizaba. Abrió sus patas para afirmarse en el piso de madera, levantó la cabeza y gruñó de vuelta a ese perro que tenía el doble de su tamaño. Sus ladridos esperaba que fueran potentes y amenazadores, pero le salieron agudos. El perro

delgado no respondió. Desde afuera de la cabaña emergieron otros ladridos. El perro flaco simplemente se dio vuelta y salió por la puerta.

En la hondonada de la quebrada vio a muchos perros, más de veinte, de distintos colores y tamaños, sin pelos, con abundante pelaje, viejos y jóvenes. Daban vueltas, se peleaban, olfateaban y vigilaban lo que ocurría. Nunca antes Jim vio tantos reunidos.



Los más viejos se sentaron a descansar cerca de la cabaña. A unos metros corría un estero. El antiguo dueño había acanalado y desviado aquel estero. Un hilo de esa agua subía por maderos musgosos. Allí descansaban los perros, bebiendo sin problemas en el canal de madera. Parecía dirigirlos un perro negro, el más grande de todos; iba de un lado a otro, como si estuviera encargado de cuidar de cada uno. Jim lo reconoció enseguida: era el gigante que creyó imaginar al otro lado de la acequia. No era completamente negro, su pecho y el estómago eran de un color gris que brillaba con la luz, y su hocico era blanco. Tenía la cabeza alargada y las mandíbulas enormes. Jim, el cachorro, quedó pasmado.

El grupo seguía dando vueltas y se turnaban para beber agua en el canal de madera. De pronto, el que los guiaba levantó la cabeza

y se acercó a la puerta de la cabaña. A unos metros contempló a Jim sin ninguna expresión. El cachorro bajó la cabeza. El perro lo olió a poca distancia, luego siguió adelante.

Jim no quería molestar a ninguno y esperaba que ninguno notara su presencia. Caminó en medio de los perros viejos que exponían sus panzas al sol. Rodeó a otros más jóvenes que jugaban entre ellos. Pasó al lado de las hembras que lo miraron sin interés. Esperó su turno en el canal del agua. Fue el último en beber. Luego se arrastró con la cola caída hasta un espacio vacío.

Un momento después, el perro grande se levantó. Los demás también lo hicieron. Empezaron la marcha. Cuando vio al último perderse en una fila desordenada, Jim los siguió.

Avanzaron durante horas, sin detenerse, subieron y bajaron, siempre alejados de los campos, internándose en las quebradas y en las subidas de los cerros. Cuando el sol descendió, se detuvieron. El perro grande ladró. En ese momento Jim reconoció el ladrido: era el mismo de la noche en que se despertó asustado. Era el mismo grupo que contestó los ladridos amenazantes de Zulu en los viñedos. Probablemente fue ese mismo perro grande, o uno del grupo, el que le dejó el hueso de carne en la cabaña.

El perro grande cambió de dirección y se enfrentó al cerro. Fue un corto ascenso, pero quedaron extenuados, especialmente Jim que no estaba acostumbrado. Llegaron a una planicie desde donde se veía el valle. Esta estaba protegida por riscos y cubierta por grandes hojas de nalcas que hacían de sombrillas y de techos. Como había en abundancia, los perros elegían cualquiera y se

echaban debajo a descansar. Jim encontró una hoja escuálida, comida por insectos, y se echó allí tratando de que nadie lo viera. Escuchaba las respiraciones y hasta sintió el calor de los cuerpos de los demás. Ninguno notó que estaba con ellos o a nadie pareció importarle.

Esa noche, por primera vez desde que llegó a ese lugar, durmió tranquilo, sin sobresaltos.

Capítulo 13

Ocurrió algo extraño y diferente esa misma noche. Cuando la luna alta iluminaba la meseta, Jim abrió los ojos. Parte del campamento acababa de despertar y un grupo se reunía cerca del perro grande que los guiaba. Como no tenía nombre, Jim lo distinguía por su hocico de color blanco. Desde entonces para él siempre fue Hocico Blanco. De todas maneras, algunas hembras y perros viejos no se movieron y permanecieron bajo sus hojas de nalca, bostezando o volviéndose a dormir.

Jim creyó que era más interesante acercarse. Llegó corriendo, quería participar de lo que estuvieran organizando. Pero entonces uno de los perros flacos, con ronchas en la cara —el de los ojos rojos— se abalanzó, le mostró los dientes de cuchillo y con dos ladridos secos lo dejó pegado al piso. Estaba claro: él no estaba invitado.

El grupo se movió en la semioscuridad guiado por Hocico Blanco, en silencio, apenas deslizándose, como si fuera una brisa bajando por las quebradas. Los demás en el terraplén volvieron a dormirse. Jim debió hacer lo mismo. Se acomodó bajo su hoja e intentó dormir otra vez.

Al amanecer regresaron. Algunos traían pedazos de carne que colgaban de sus hocicos, además de grasa y tiras de piel. Jim

comprendió que esa era la forma de sobrevivir en la manada, cazar durante la noche robando en las parcelas o donde encontrarán alimentos.

Hocico Blanco dio varias vueltas en círculo y la manada, sin excepción, descendió del cerro cuando recién amanecía. Jim esperó hasta el último de los perros para seguirlos. El camino fue difícil de bajada. Debieron cruzar un pequeño río, que en primavera era solo un hilo de agua.

En el inicio del valle llegaron a un potrero húmedo y fangoso. Allí encontraron la cacería de la noche anterior: dos ovejas muertas, desparramadas en la tierra. Comenzaron a comer. Los más hambrientos no permitían que otros lo hicieran antes y se disputaban los mejores pedazos de carne. Jim se acercó

tímidamente, arrastrándose. Nadie se opuso a que él también comiera. Consiguió un pequeño pedazo de carne todavía tibio, el que masticó con ganas. No era como las comidas que le llevaba la niña de las botas —los sancochados de distintos sabores—, esta otra carne de animal era dura y sanguinolenta, pero el hambre era mayor. Alimentarse llenó de energía a Jim. Tampoco se atrevió a exigir más de lo que comió. Algunos se llevaron restos de carne y hueso para esconderlos o comerlos más tarde.

Así llegó el nuevo día. Y otra vez emprendieron la larga caminata. Recorrían parcelas, caminos, quebradas, pero sin alejarse demasiado de los cerros y colinas donde se sentían protegidos. A veces veían acercarse a automóviles por los caminos o algún parcelero que salía a vigilar, mirándolos a la distancia con preocupación. Cuando escuchaban a los perros guardianes de las

parcelas, los de la jauría se hundían en las hondonadas. Jim aprendió bien esa rutina. Durante el día se movían constantemente, recorriendo grandes distancias. Cuando oscurecía subían a los dos o tres dormitorios que disponían al comienzo de los cerros, donde nadie los molestaba y donde pasaban la noche. A veces una cacería del grupo era suficiente para alimentar a la manada por varios días. O comían lo que conseguían vagando por los campos. Atrapaban conejos, liebres y ratones. Cuando el hambre aumentaba, el grupo más fuerte —guiado por Hocico Blanco— bajaba a las parcelas por gallinas y corderos o lo que consiguieran.

Para Jim aquello era nuevo, pero rápidamente se acostumbró en esas primeras semanas y luego meses. Coincidió con la llegada del verano, lo que hacía agradable correr por los cerros, bajar y subir sin problemas, dormir bajo las ramas de los arbustos, bajo los

colliguays o bajo el techo con estrellas.

Al lugar que fuera, Jim esperaba encontrar a Jimo, su hermano. En varias ocasiones, durante esos grandes círculos que emprendían, se cruzaron con otras jaurías de perros, flacos o muriendo de hambre. No les permitían unirse a Hocico Blanco, los perros más fuertes los ahuyentaban. En esas ocasiones, Jim, desde atrás, bajo las patas de lo demás, buscaba el cuerpo rechoncho de su hermano pequeño, pero sin suerte. Por eso, por las noches, sin que nadie se diera cuenta y sin molestar, lloraba bajito, recordando su vida anterior y a su hermano.

Se dio cuenta de que las manadas o jaurías que recorrían sin detenerse los cerros de los campos tenían algo en común, algo que solo más adelante Jim comprobaría: llegaron del mismo modo que

él a ese lugar, los abandonaron o eran hijos de perros abandonados. Los vinieron a botar como la basura. A alguien en la ciudad les molestaban, les sobraban y se quisieron deshacer de ellos.

Capítulo 14

En esos primeros meses Jim todavía era un cachorro débil al que nadie respetaba. En todo caso, trataba de no molestar y seguía las reglas tácitas que hacían posible convivir en la manada. Solo en una ocasión se equivocó o no estuvo atento y sufrió las consecuencias. Y tampoco nunca lo olvidó.

Una mañana bajaron a un potrero donde escondían la comida robada desde un gallinero la noche anterior. Jim no había comido

en dos días y su estómago otra vez estaba inflado y producía ruidos extraños. Cuando el grupo se acercó, Jim atrapó por error un ala de gallina, sin darse cuenta que del otro lado la sostenía uno de los perros flacos y sin pelos, de cabeza redonda y orejas pequeñas, los que siempre estaban furiosos y de mal humor. Cuando jaló creyendo que la comida estaba atorada, el sin pelos explotó y se le echó encima. Jim rodó por la tierra. El otro le atrapó una pata mordiéndolo con fuerza. Jim nunca antes sintió un dolor así. Su piel se abrió y la pata entera pareció dormirse instantáneamente. Aulló revolcándose. Las siguientes horas fueron de sufrimiento. La sangre le empapó la pata. Con esfuerzo llegó hasta el terraplén donde dormía, escondiéndose en su lugar habitual. Allí se desmayó. Los siguientes días no salió de su escondite, por miedo, por vergüenza.

Ninguno de los demás perros se preocupó por Jim. Lo miraban bajo las hojas, desde las madrigueras que ocupaban las hembras, pero nadie lo ayudó. Jim resistió. Había pasado por algo parecido cuando los arrojaron al agua fría de la acequia.

La fiebre comenzó a descender y la herida a cicatrizar, entonces sucedió el primer hecho especial. Uno de los perros viejos y lanudos, que no soportaba el calor de la tarde y que prefería acomodarse debajo de los árboles, llegó con alimento para él. Era un anciano, pero alguna vez debió ser un cazador. A veces se alejaba de la manada y cazaba solo. Tampoco hacía un gran esfuerzo, al parecer sus técnicas eran distintas, aunque le daban resultados. El perro viejo se acercó al terraplén de hojas donde dormía Jim y le dejó en el suelo un pedazo de carne jugosa y sanguinolenta.

En los siguientes meses nacieron los cachorros y las hembras debieron permanecer más tiempo en los terraplenes del cerro. La manada se dividió en cuatro grupos para recorrer los campos. Cada vez debían hacerlo más cerca de las parcelas.

Durante el verano Jim aumentó de peso y tamaño; se veía fuerte. Por primera vez intervino en alguna de las peleas con los perros más jóvenes. Nunca se hubiera atrevido con el grupo de los cazadores, que eran adultos, como Hocico Blanco o los sin pelaje. Se dio cuenta de que en esas peleas —las que nunca eran tan violentas, pero que lo parecían— aprendía a comportarse.

Lo que más deseaba era acompañar a los grupos en las cacerías nocturnas. Como no lo aceptaban, una noche decidió seguir al viejo y solitario que le salvó la vida; aprendería de él.

Apenas el perro lanudo se apartó de la manada, se dio cuenta de que Jim lo seguía a corta distancia. No se hizo problemas. Avanzaron hasta una hondonada cubierta de quilas donde no llegaba la luz de la luna. El viejo se acomodó con el hocico hundido en el suelo. Jim hizo lo mismo un poco más atrás. Estuvieron quietos, sin moverse, durante una hora. A Jim se le cerraban los ojos de sueño. Entonces, de pronto, por delante, asomaron en el suelo las orejas de un conejo. El perro viejo no se movió, solo observó atentamente. El conejo salió de su madriguera, avanzó de bajada recogiendo algunas hojas y en un estero bebió agua. Jim creyó que perdería la oportunidad de atraparlo, aunque con seguridad el conejo era más rápido. El conejo volvió a desaparecer, no por la entrada de la madriguera, sino por la salida del largo túnel. El viejo quedó conforme, cerró

los ojos y se durmió. Jim no comprendió y dudó de seguir esperando inútilmente.

Media hora más tarde, el conejo apareció otra vez en la entrada de la madriguera, y despreocupadamente bajó a comer unas hojas de frutilla. Entonces el perro viejo se estiró como un elástico, levantó su patas y se lanzó al ataque. Jim lo observó y supuso que nunca atraparía a ese conejo, era viejo y pesado, con una carga excesiva de pelaje que no lo hacía ágil. Pero ocurrió algo distinto. Cambió la dirección de su persecución, adelantándose hasta la salida de la segunda madriguera. Fue justo hasta allí adonde el conejo corrió desesperado a esconderse, pero antes llegó el perro y lo atrapó. Jim quedó impresionado. No todo era posible solo con la fuerza o la rapidez.

Cuando el viejo terminó de comer, dejó unos restos en el suelo, fingiendo no enterarse de que Jim estaba detrás.



Capítulo 15

Al final del verano ocurrió en la manada algo diferente para Jim. Una tarde el sol era tremendo, redondo y caluroso, los pocos árboles hacían que solo los más fuertes ocuparan las sombras. Los jóvenes, como Jim, debían arreglárselas hundidos bajo las hojas de nalca o en las sombras de las zarzas. Algunos se veían obligados a bajar hasta las acequias a refrescarse, arriesgándose a encontrar a los perros de los parceleros, que eran más fuertes y grandes, aunque su desventaja era la lentitud. Pero a los que siempre debían

evitar —lo entendió perfectamente Jim— era a los perros que pastoreaban los corderos o vacas; esos eran fuertes y rápidos.

Mientras esperaba que descendiera la temperatura, Jim encontró un pequeño espacio entre un romerillo y la rama de otro arbusto donde se proyectaba un poco de sombra. No vio venir a uno de esos perros sin pelos que siempre molestaban. El perro parecía enrabiado, venía de los campos, acababa de huir de los que pastoreaban y de los parceleros cansados de que les robaran los animales. El sin pelo se encontró en el suelo la cola de Jim, sobresaliendo del arbusto, y, sin motivo, le hundió sus dientes como alfileres. Jim despertó asustado, pero ahora no era el cachorro temeroso recién llegado a la manada. Saltó hacia atrás y mostró sus dientes. El sin pelo no esperaba esa reacción. Jim tampoco. Se lanzó sin contenerse sobre él, hundiéndole la cabeza

en el estómago. Antes de separarse alcanzó a cerrar sus mandíbulas en el hombro y parte del lomo. Los demás, que dormían a esa hora de la tarde, se despertaron y contemplaron con curiosidad la pelea. Tampoco duró demasiado; el perro sin pelo, adolorido, dobló la cola, dio un aullido de dolor y salió huyendo. Jim permaneció con las cuatro patas abiertas, las orejas dobladas hacia atrás y una mirada amenazante. Fue como si por primera vez los demás lo vieran o supieran de él.



Las consecuencias de esa pelea vinieron más tarde para Jim. Nadie más lo volvió a molestar y los más pequeños dejaban que él comiera primero la comida que cazaban en conjunto.

Entonces, un viento distinto invadió el valle, y pasó de un lado a otro, subiendo los cerros y bajando aceleradamente. Los más pequeños se divertían corriendo y enfrentando los ventarrones. Esos vientos amenazantes se mantuvieron durante una semana. Después llegó la lluvia y con ello los problemas. El invierno estaba allí, en los campos y en los cerros. Para Jim sería su primer invierno.

Los más débiles comenzaron a enfermarse y a adelgazar. Vio morir a los más viejos, excepto al lanudo, que siempre parecía arreglárselas sin problemas. El hambre era la principal dificultad,

además del frío. En el invierno los animales de las parcelas no pastaban en los campos abiertos, permanecían cerca de las casas, o los encerraban en pesebreras y establos durante meses. La manada no podría acercarse. No solo le temían a los perros de los campos, sino a los parceleros, que instalaban trampas de hilos de acero que los atrapaban y de las que era imposible liberarse.

La manada disminuyó. Por eso, y por primera vez, Hocico Blanco le permitió a Jim salir una noche de cacería con los demás. A pesar del hambre y la debilidad, Jim se sintió feliz porque lo consideraran.

Bajó el cerro en medio de la oscuridad, siguiendo a los perros guías que parecían ver en la noche. Caminaron durante horas. Acecharon los campos, pero no encontraron comida.

Al amanecer algunos lograron atrapar ratones y un conejo viejo. Y por la mañana comenzó la lluvia. Otra vez la jauría debió dispersarse buscando refugio. Jim quedó empapado antes de echarse debajo de un arbusto. Los goterones de la lluvia lo entumecieron y se durmió finalmente, a pesar de que su cuerpo estaba húmedo.

No vio llegar, cerca de la zarzamora donde se ocultaba, a una camioneta, que se estacionó a solo unos metros. Si Jim se movía o levantaba la cabeza lo verían. Recordó la camioneta que alguna vez lo trajo a ese lugar hacía tanto tiempo. Vio descender a dos hombres vestidos con overoles y cascos. Uno subió por una escalera hasta un poste que sostenía alambres eléctricos. Mientras reparaban los cables, desde abajo, desde el interior del automóvil, surgió música. Los dos hombres hablaban y se reían para hacer

más entretenido su trabajo.

La cercanía con esos hombres, escuchar esa música y las risas, le hizo recordar su vida anterior, a su madre, a la señora Dalila que les llenaba los platos de comida, al calor y al techo de la lavandería. Pero eso estaba perdido y lejano en su memoria.

Un momento después, los hombres recogieron la escalera. Subieron a la camioneta y se fueron por el camino.

Capítulo 16

Cuando cesó la lluvia, el frío se hizo intenso. Los cachorros y los jóvenes se apretaban temblando entre ellos o junto a sus madres para conseguir calor. Jim había madurado, no era un cachorro.

Esa noche volvieron a emprender una nueva cacería siguiendo a Hocico Blanco. Antes de llegar al plano de los campos, uno de los perros regresó ladrando, dio varias vueltas y saltó como si se hubiera vuelto loco. Los demás lo siguieron. Nunca antes Jim

había corrido como esa noche en la oscuridad. A veces tropezaba y rodaba, pero se levantaba rápidamente para que los demás no se dieran cuenta. Tenía las patas adoloridas cuando Hocico Blanco detuvo al grupo. A lo lejos vieron la casa iluminada de una de las parcelas. El perro que los guiaba indicó un sendero convertido en un lodazal por donde pasaban las carretas, pero que ahora solo lo ocupaban para trasladar animales. Desde el final de ese camino emergió el balido de dos ovejas perdidas.

Estaban adentrándose por un territorio peligroso, cercano como nunca a las casas. Hocico Blanco y otros de los perros se adelantaron y acabaron con las ovejas con rapidez. El lugar era de difícil acceso y resultaba complejo arrastrar los cuerpos a un lugar seguro. Las despostarían allí y, en viajes sucesivos, llevarían la comida al resto de la manada. Jim alcanzó a devorar unos trozos

de grasa, lo que siempre le parecía una comida deliciosa.

Entonces los perros levantaron las orejas en la oscuridad y permanecieron quietos como árboles. Se aproximaban los dueños de las ovejas. Por delante saltaban los haces de luces de las linternas en medio de los potreros oscuros. Escucharon a los perros que venían con ellos. Con rapidez, cada uno de la jauría atrapó un pedazo de carne y huyó hacia la subida de los cerros. Esas ovejas alimentarían a los demás, era la única comida que conseguirían en varios días.

Jim cortó su trozo para huir lo antes posible. Escuchaba cada vez más cerca los ladridos de los perros guardianes. En medio de la oscuridad, de pronto surgió un trueno, o eso le pareció. Era el estampido de una escopeta que rebotó sobre su cabeza,

produciendo un eco al fondo en las quebradas. Era la primera vez que escuchaba un disparo. Los perros huyeron espantados en distintas direcciones.

El siguiente disparo fue diferente. Primero escucharon el silbido de los perdigones de la escopeta y enseguida el estruendo. Uno de los sin pelos recibió el impacto en la cabeza e inmediatamente cayó muerto. Hocico Blanco corrió hacia el viejo camino de las carretas, en medio del lodazal, y ladró desde allí para distraer a los hombres que se acercaban. En ese momento aparecieron los perros guardianes; eran de doble tamaño que cualquiera de la manada.

Jim corrió buscando la subida del cerro más próximo. Escuchó otro disparo antes de perderse, trepando hasta un risco donde permaneció inmóvil. Abajo las luces de las linternas se movieron

sobre el pasto y los cercos, sobre el camino de las carretas. Las voces de los hombres calmaban a sus perros. La persecución no seguiría. Jim seguía oculto, sin moverse. Los perros guardianes no subirían hasta donde estaba, pero si lo iluminaban las linternas, lo encontrarían y le dispararían.

Después de un momento, los hombres abandonaron el lugar, arrastrando lo que quedaba de las ovejas muertas.

El camino de vuelta a los terraplenes le tomó más tiempo en la oscuridad, y solo al amanecer distinguió la senda. Cuando llegó, los demás estaban inquietos: Hocico Blanco no estaba en el grupo. No dejaban de correr buscándolo hasta la subida del terraplén o daban vueltas hasta el mirador del risco.

Una hora después lo vieron aparecer, arrastrándose por el sendero. Subía con dificultad. La manada completa lo rodeó. Estaba exhausto y mal herido. Tenía pequeños círculos por donde entraron los perdigones. Se detuvo, olfateó a los demás y se desmayó.

Los siguientes días fueron de preocupación y tensión. Hocico Blanco se resistía a morir. Se deslizó hasta el único arbusto de quilas. Allí abajo respiraba lento y se quejaba. Durante el día logró levantarse y arrastrarse hasta el estero que bajaba por las rocas del cerro. Luego de beber, se hundió otra vez debajo de las quilas.



Capítulo 17

Tal vez la manada completa hubiera perecido ese invierno o se hubiera dispersado entre los campos y cerros, si no hubiera ocurrido un hecho fortuito que nadie esperaba. El único que se dio cuenta de esa oportunidad fue el perro viejo y lanudo, el que se las arreglaba sin ayuda.

Ocurrió a la siguiente noche, después de los hechos del camino de las carretas y de los disparos que hirieron a Hocico Blanco.

Algunos alertaron sobre luces lejanas a los pies de un cerro, al que no llegaban porque sabían que era el territorio de otra jauría. Durante horas siguieron viendo esa extraña luz. Se trataba de una de las parcelas, cerca de los viñedos donde fueron a botar a Jim. Esos puntos de luces, frente al cerro, no eran linternas, sino fuego. Se quemaba una casa. Por la intensidad de las llamas, con seguridad además afectaba a las bodegas y a un granero. Fue el viejo quien comprendió el significado de aquello: esa parcela quedaría sin moradores en las siguientes horas y nadie cuidaría a los animales del lugar.

Al día siguiente rodearon el lugar que olía a los restos del incendio de la noche. En el terraplén permanecieron dos hembras y un perro raquítico, además de Hocico Blanco. Los demás se dejaron guiar por el viejo.

Para investigar, se adelantaron tres perros rápidos y jóvenes, entre ellos Jim. Los demás se fueron a echar y a esperar en una hondonada cubierta de hinojo y arbustos. Entró un sol lánguido entre las nubes.

Jim se arrastró por un rastrojo, hasta que llegó a los portones. La parcela incendiada estaba completamente destruida. Un hombre viejo tomaba mate sentado en una silla mientras contemplaba los restos a su alrededor, todavía humeante y con un olor desagradable. No quedaba nada, solo cenizas y tizones quemados. Junto a un tractor, también quemado, estaba un perro tan viejo como el hombre sentado en la silla. El hombre y el perro parecían tristes y silenciosos.

Jim regresó hasta el inicio del rastrojo. Los otros dos perros que exploraban encontraron a los animales sueltos: una vaca estaba atrapada en un corral y algunas ovejas repartidas por los potreros.

Cuando se aproximara la noche los perros de otras jaurías bajarían por esos animales indefensos, por lo que tenían que actuar antes. Jim mandó a buscar a los que esperaban en la hondonada. Mientras tanto, volvió a su puesto de vigilancia.

Vio al hombre viejo terminar su mate. Se levantó, y pateó enrabiado una tetera entre las brasas. Se echó una chaqueta al hombro, le dio un puntapié a la silla donde estaba sentado y salió de su propiedad destruida seguido por su perro.

Jim sabía cómo llevar a los animales, lo había visto antes en una de las cacerías. Aprendió cómo los perros de las parcelas pastoreaban los animales. Necesitaban dos o tres en lugares estratégicos. Había que correr de un lado para otro. Era un riesgo intentar llevarse a la vaca, lo intentarían solo con las ovejas.

Corrieron alternándose con otros dos perros jóvenes. Después de una hora, reunieron y encerraron a las ovejas, y las guiaron más allá del camino. Debían alejarlas de ese territorio que no les pertenecía. Si existía otra manada por ese sector, se conformarían con la vaca encerrada por un descuido entre dos establos. Después de dos horas de acarrear a las ovejas, subieron con ellas hasta un promontorio con abundante pasto. Las ovejas percibían el peligro, pero poco entendían, así que cuando las dejaron pastar tranquilas retomaron sus vidas, masticando el pasto tierno y diferente.

La manada de Jim estaba cansada y hambrienta, pero esperarían a que atardeciera para comer. Mientras las ovejas permanecieran en el terraplén del cerro no irían a ninguna parte, y era improbable que viniera alguien a reclamarlas. De esa forma tuvieron alimento suficiente para las siguientes semanas.

Después de comer, Jim separó trozos blandos de carne y se los dejó bajo las quilas a Hocico Blanco. El líder no tenía infectadas sus heridas, pero estaba débil. Cuando finalmente logró ponerse de pie, después de una semana, se dieron cuenta del desastre en su cuerpo: los disparos le habían arrancado un ojo y le habían rozado el otro. Apenas veía.

Se recuperaría, pero nunca volvería a ser Hocico Blanco, guía de los perros.

Capítulo 18

A pesar de la llegada de la primavera al valle y de que los vientos tibios comenzaron a templar las quebradas del cerro, la manada de Jim se fue dispersando de a poco, casi imperceptiblemente. El grupo ya no ofrecía la seguridad que requerían. Algunos intentaron incorporarse a otras jaurías. Otros —aún más audaces— emprendieron, en pequeños grupos, el camino buscando una parcela que los acogiera. Tal vez recordaban su primera vida junto a los hombres, creían saber cómo

comportarse con ellos para obtener el alimento y así no pasar más inviernos en los cerros durmiendo a la intemperie.

Jim permaneció con el grupo, al lado de Hocico Blanco.

En primavera los dormitorios en los terraplenes eran cálidos. A veces los perros, de buen humor, se dedicaban a jugar, a morderse para entretenerse, a olerse y hacer carreras o atraparse de las colas. Hocico Blanco no se movía bajo su arbusto de quila, donde se sentía protegido. En pocas ocasiones se levantaba. Eran paseos cortos, a tientas. Pasaba entre los más jóvenes, lentamente, con la cabeza erguida como Jim lo conoció. Pero se cansaba, entonces olfateaba su quila y regresaba.

El perro viejo y lanudo estaba enfermo desde hacía varios días. Tosía y escupía sangre. Bajaba al humedal y masticaba hojas de hierbas que lo aliviaban. Pero desde hacía semanas parecía no recuperarse. A veces temblaba como si sintiera frío y luego aullaba con nostalgia, estremeciendo a quienes lo escuchaban. En su última noche lo vieron vomitar y toser sin aire. Lo rodearon. Finalmente el perro viejo subió a un risco, donde prefirió echarse y no bajar más.

Capítulo 19

En primavera Jim se dio cuenta de que había crecido. Se sentía fuerte. Los recorridos subiendo los cerros le habían permitido desarrollar músculos en las patas y endurecer su cuello. Dejó de verse como un cachorro, aunque todavía era un perro joven, a veces alegre y distraído. Sin que nadie se lo pidiera o se lo exigiera, terminó encargándose de conducir las cacerías en el valle. Existían aún perros más fuertes que él en la jauría, los que lideraban al grupo, los que eran respetados, pero en las cacerías

confiaban en Jim. Desde hacía tiempo no pensaba en su casa en la ciudad, ni siquiera en su hermano o en su madre.

Su estrategia en la cacería, por lo demás, era distinta a la de Hocico Blanco. Consistía en esperar, en acechar con paciencia, como se lo vio hacer al perro viejo. Para eso existían otros tres cazadores como él, de su misma edad, que lo comprendían y con los que prolongaba aquella espera durante horas. Su importante innovación era cazar en grupos pequeños durante el día. Para eso solo debían ser precavidos y perseverantes. Dejaba a los demás vigilando en distintos puntos de los campos, escondidos entre las hierbas, detrás de las leñeras u ocultos entre arbustos. Llegaban hasta las parcelas, se paseaban frente a los perros guardianes que eran, la mayoría, viejos y perezosos. Durante el día vigilaban a esos guardianes, los veían alejarse acompañando a los hombres

que trabajaban en la tierra o en los viñedos. Jim esperaba ese momento antes de avanzar sigilosamente. Su alimento preferido — y el más fácil de atrapar— eran las gallinas, a las que por las mañanas dejaban que recorrieran los patios.

También, por necesidad, se especializaron en cazar conejos y ratones; pero precisamente ese año la población de roedores había disminuido por culpa de las mismas jaurías hambrientas.

En una ocasión, llevados por uno de los perros líderes, subieron a los cerros más altos, hacia las columnas montañosas, donde habitaban otros animales que creyeron podrían cazar. El lugar no era seco como sus cerros, sino cubierto de vegetación y humedad. Encontraron animales distintos, como pudúes y zorros, pero eran difíciles de atrapar. Resultó más complejo la ascensión a las

montañas, por la vegetación y lo escarpado del terreno.

Jim no participó de esa exploración que hicieron a la montaña. Después de seguir durante horas a un pudú, el grupo debió descansar y dormir. Fue entonces, al amanecer, que se encontraron de pronto, entre quilas, con un puma. Probablemente los perros, en mayor cantidad y en otro terreno, lo hubieran vencido, pero en la montaña el puma era fuerte y terminó hiriendo a dos del grupo. A uno le arrancó la mitad de la nariz y a otro le desgarró el hombro. Uno de los heridos solo sobrevivió un día.

Pero la verdadera amenaza llegaría después, cuando la manada estaba casi completamente dispersa y no eran más de diez perros. Se trató de la única amenaza que realmente temían: el hombre dispuesto a cazarlos.

Capítulo 20

De todas maneras, durante los años siguientes el grupo se estabilizó, y su número reducido ayudó para mantener a todos alimentados. La mayoría ahora eran perros nacidos en los cerros. De lo primeros que conformaron la jauría y que alguna vez vivieron en la ciudad antes de ser abandonados por sus dueños, solo permanecía Jim. Ahora él dirigía al grupo. Había madurado y crecido hasta transformarse en un perro al que temían.

Cuando Hocico Blanco murió debajo de su quila, prefirieron dejarlo allí para siempre.

A diferencia de otras jaurías, Jim condujo la suya de forma distinta con todo lo que aprendió. En invierno encontró la ruta a esa cabaña abandonada, donde alguna vez se refugió después de haber sido arrojado a las aguas de una acequia. No era el lugar óptimo porque estaba cerca de un camino transitado, pero en invierno ese camino se embarraba y nadie llegaba hasta allí. De todas maneras, ocupaban a un vigía desde una colina cercana. En la cabaña los más débiles y los cachorros se refugiaban durante el invierno. El agua seguía corriendo por el canal de madera que construyó el antiguo dueño. Incluso todavía estaban esos sacos en el interior, los que servían para cubrirse cuando el frío era insoportable.

Pero, claro, al final llegaron los hombres a cazarlos.

Probablemente estaban aburridos de sus robos. Los parceleros vivían de su trabajo y de sus animales. Se organizaron entonces en secreto para envenenar algunos esteros, creyendo que allí beberían los perros. El plan resultó distinto a lo esperado, y un par de bueyes que bebió el agua amanecieron con las panzas infladas como globos. También emprendieron salidas nocturnas con sus perros guardianes, cargando sus escopetas para acabar de una vez con el problema. Instalaron trampas que partían las patas. Los hacían caer en jaulas, atraídos por carne seca. O los encerraban en quebradas sin salida, para luego practicar puntería con escopetas y fusiles de caza.

Nadie se enteraba de esas cacerías. En los distintos cerros comenzaron a darse cuenta de lo que ocurría: escuchaban golpear tarros para asustarlos y provocar que huyeran, y así los encerraban. Gracias al olfato de los perros guardianes, descubrían los campamentos. Mataban al que encontraran, no importaba que fuera un perro viejo o un cachorro. Al amanecer recogían los cuerpos y los quemaban para no dejar huellas.

Capítulo 21

En aquel año Jim fue padre. Sus cachorros jugaban como lo hicieron, alguna vez, él y Jimo, su hermano. Sabía entonces que su obligación era mayor: no solo debía cuidar a la manada, sino que ahora también a sus hijos.

Jim logró eludir a los cazadores durante ese tiempo. Trasladó los dormitorios hacia las laderas más lejanas y las cacerías las realizaban de forma distinta, muchas veces durante el día y

divididos en grupos pequeños de perros cazadores. La mayor parte del tiempo el grupo vagaba disperso y solo se reunía cuando necesitaban alimentarse. Por supuesto, esto provocó que volvieran el hambre y las enfermedades.

De todas maneras, Jim finalmente no logró evitar que los descubrieran.

Sucedió más o menos lo esperando después de una cacería en una de las parcelas. Jim y otro de los perros arrastraban dos gallinas en sus hocicos. El regreso les resultó difícil. Cuando amaneció, la jauría esperaba a medio camino, en una de las hondonadas que subía a la ladera y que creían segura. Desde ahí uno de los perros jóvenes fue a avisar que venía la comida. Ese fue el error que Jim no pudo evitar: la manada entera, hambrienta, bajó

la hondonada, sin darse cuenta de que los esperaban. Los hombres vigilaban observando con binoculares desde las laderas. Ni siquiera fueron los propios parceleros; contrataron para hacerse cargo a conejeros experimentados, que pasaron la noche en los cerros vigilando. Desde arriba avisaron por radio a los del camino, y rápidamente bajaron del cerro, cerrando toda posibilidad de huida. Así el grupo de Jim quedó rodeado.

Cuando Jim se dio cuenta de la trampa, soltó a la gallina que llevaba, y corrió ladrando para alertar al resto. Pero antes de siquiera avanzar, le cerraron el paso dos camionetas en el camino, desde las que bajaron hombres con escopetas y bastones que se distribuyeron rodeando la hondonada. Los perros, desesperados, intentaron subir de nuevo al cerro, pero desde arriba los conejeros disparaban a todo lo que se moviera. Jim quedó afuera del

encierro. Rodeó las camionetas ladrando furioso, pero los hombres estaban concentrados disparando en otra dirección. Los estampidos se escucharon en el valle y el olor de la pólvora subió con la neblina de la mañana. Uno de los hombres que regresó a la cabina de una de las camionetas por más cartuchos, fue atacado por Jim. Mientras le gruñía y ladraba, no se dio cuenta de que por detrás otro de los cazadores lo golpeó con la culata de su escopeta en las costillas. El impacto lo levantó varios metros y cayó sobre el camino. El hombre se acercó, le pateó la cabeza y el cuerpo, arrojándolo entre las zarzas.

Cuando acabó la matanza en la hondonada, los hombres no incineraron los cuerpos en el lugar para no dejar ninguna huella. Los subieron a una de las camionetas y salieron de allí para arrojarlos en un basural.

Cuando el sol estaba en el medio del cielo, Jim despertó. Tenía varios huesos rotos, el hocico partido y un ojo cerrado completamente. Miró por entre las zarzas, hacia el otro lado del camino, y en la hondonada vio el pasto manchado de sangre.

Entonces comprendió que su manada había desaparecido.



Capítulo 22

Durante las siguientes horas, otra vez Jim creyó que moriría, como ocurrió cuando era cachorro y fue arrojado a esa acequia. Una de sus patas delanteras la tenía quebrada y le colgaba como una tira suelta. Parte de su ojo cerrado estaba hinchada y las costillas de un lado también estaban sueltas y desencajadas. Moriría dentro de las zarzas, como Hocico Blanco bajo sus quilas.

Pero al día siguiente seguía allí mismo, sin moverse. Por lo menos el dolor había disminuido. La sed le partía desde la boca hasta el estómago y la saliva que tragaba le parecía arena. Se entregaría. No le importaba lo que hicieran con él, prefería terminar tal como les ocurrió a los demás perros de su manada.

Se arrastró hacia el camino. Observó por última vez los cerros donde vivió durante tanto tiempo. Recordó esas carreras nocturnas siguiendo a Hocico Blanco, iluminado por la luz de la luna, cuando se sentía fuerte, ágil y podía correr durante horas, subiendo y bajando. Dobló la cabeza, saltó en tres patas. Avanzó por el camino de tierra en dirección opuesta, alejándose del cerro, hacia las parcelas, granjas y chacras.

Una hora después solo llevaba avanzado un kilómetro y estaba agotado. Descubrió un estero que se hundía en la tierra. Bebió agua y lo hizo sentirse un poco mejor. Llevaba la cabeza revuelta, imaginando y recordando los ladridos de miedo de la manada atrapada en la hondonada, los disparos, los aullidos.

En la primera parcela que encontró, algunos perros guardianes salieron hasta los portones a ladrarle e impedirle el paso. Jim cerró los ojos y esperó. Pero nada ocurrió. Nadie se presentó y los perros guardianes se aburririeron de ladrar. Mientras avanzaba hacia las otras parcelas, aparecían árboles, vegetación y flores distintas al reseco paisaje de los cerros.

Siguió sin apartarse del camino. Tampoco lo haría si llegaba un automóvil. No se movería. Esperaba que lo arrollaran y acabara

todo. En ocasiones se detenía a descansar. Entonces giraba la cabeza y veía cada vez más lejanos los sombreros de los cerros.

Cuando atardeció el primer día de caminata, se dio cuenta de que sus heridas estaban infectadas. Por casualidad encontró comida en una caja de basura al borde del camino. Allí mismo se echó, comió y durmió hasta el día siguiente.

Cuando despertó no pudo dar un paso más. Escuchó ladridos hacia el interior, por un camino aledaño. Cambió entonces de dirección y se adentró, sin pensarlo. Más allá de un cerco de madera de color blanco, vio una parcela pequeña. El pasto de los patios era verde y plano. Por un lado se extendían invernaderos de flores. En el centro se levantaba una casa amarilla, distinta a las casas de adobe o de madera que conocía. Vio acercarse a los

perros de la propiedad: eran cachorros de orejas largas que le ladraban alegres, sin saber realmente qué hacer. Jim sintió que su cabeza daba vueltas. El sol le picaba las heridas.

Vio a la distancia a unos hombres jugando y recordó, lejano, en lo más lejano de su memoria, cuando lo llevaron alguna vez a él y a su hermano a un parque donde jugaron de la misma forma. Unos hombres con sus hijos e hijas jugaban con la pelota y, muy cerca, participaban otros perros. Jim siguió creyendo que era un sueño, parecido a sus sueños de las noches en los terraplenes. No se detuvo y siguió avanzando, no temía, ya nada le importaba.

Los cachorros lo siguieron. En ese momento los perros de la casa, distraídos con la pelota, se dieron cuenta de que los cachorros daban aviso sobre el extraño. El perro más grande y

fuerte se encargó de la situación. Levantó la cabeza y corrió a enfrentar al extraño. Pero antes de llegar, las patas traseras frenaron con tanta fuerza que los hombres también miraron lo que ocurría. El guardián bajó la cabeza. Jim era un despojo, con la pata quebrada, los huesos de las costillas levantados y emergiendo por todos lados, con parte de la cara hinchada y un ojo caído. Entonces, de verdad creyó que soñaba: ahí adelante tenía a Jimo, su hermano, el mismo, gordo y grande, su misma expresión de inocencia y dulzura que nunca olvidó, pero ahora en el cuerpo de un perro maduro.

Pero Jim no resistió. Se desplomó lentamente, acomodó su cuerpo en el pasto, luego su cabeza, mientras los cachorros lo miraban a cierta distancia. Jimo, a su lado, aulló como si llorara.

Había encontrado a su hermano perdido.



Capítulo 23

El resto de esta historia la recopilé entre muchos con los que hablé. Me aseguraron que ocurrió tal y como lo he contado. Por supuesto, no me consta y no tengo como probarlo. Del final y del reencuentro de esos dos cachorros tengo versiones diferentes y algunas contradictorias. Pero siempre ocurre lo mismo, de un mismo hecho existen distintas versiones.

Por mi parte puedo contar que hace tiempo ya no vivo en el departamento de avenida Pocuro, en Santiago de Chile. Vendí esa propiedad y con el dinero que obtuve compré una casa en el campo, en un lugar no tan lejos del sitio donde abandonaron a los cachorros, hace muchos años. Tampoco me dedico a lo que hacía antes. O, debo decir, me dedico ahora a lo que siempre quise hacer, es decir, a escribir y a dar paseos. El teléfono más cercano a mi casa está a media hora, así que me entero de pocas cosas y las novedades las conozco atrasadas, lo que me parece mucho mejor.

Nunca he pensado criar un perro en mi casa. Como dije antes, jamás me gustaron demasiado los animales a pesar de que escribo sobre ellos.

Jim debió esperar varios meses para recuperarse. Los hombres y mujeres de la parcela donde llegó consiguieron a tiempo un veterinario, quien dictaminó trasladarlo de urgencia al hospital de una ciudad cercana para salvarlo. Jim no se dio cuenta de lo que ocurría, porque la mayor parte del tiempo estuvo inconsciente debido a los calmantes que le inyectaron y otros medicamentos. Por delante veía las caras de doctores, las luces, y no entendía lo que ocurría.

Cuando despertó, definitivamente estaba de regreso en esa parcela, donde se terminó de recuperar. Su hermano Jimo lo acompañaba, lo olfateaba y le frotaba la nariz en su lomo y cuello. Con seguridad nadie entendió ni supo que eran hermanos. Los años mantenían las diferencias entre uno y el otro. Uno era delgado, con los músculos pegados a los huesos y de cuerpo

alargado. El otro era rechoncho y gigante.

En mis recorridos por la zona, lo dije antes, entrevisté al que se encontrara conmigo y me contaron lo que he dejado escrito. Aquí también las dos versiones se separan. Una de ellas —que espero que sea la más creíble o lo que realmente sucedió— fue que Jim se adaptó a esa nueva casa. La familia que vivía allí cultivaba y vendía plantas y flores de los invernaderos, se ganaban la vida de esa forma, parecían alegres y conformes en su casa amarilla. Les gustaba jugar con sus hijos pequeños y criaban a los perros, los alimentaban con sancochados cargados de carne hervida, y, a veces, a la dieta le agregaban pescado.

Cuando Jim se recuperó, comprendió que era poco lo que se hacía en la parcela, además de correr y enseñar a los cachorros.

Solo una vez lo regañaron, cuando, sin quererlo, destruyó unas plantas del invernadero. Los fines de semana, los dueños de casa invitaban a amigos y comían asados que preparaban en el patio, sobre el pasto bien cortado.

Tal vez esa vida tranquila y cómoda afectó a Jim, lo hizo cambiar, lo hizo adaptarse. No era la primera vez que debía hacerlo para sobrevivir. Ahora llevaba una vida sin problemas, con la comida cada día, infaltable, y los inviernos tibios durmiendo adentro de una leñera. Prefería no hacerse problemas y obedecer las voces de los que mandaban en la casa; eso lo aprendió de su hermano y de los otros perros del lugar. Tampoco esto tenía nada de malo, permitía no hacer nada y pasar muchas horas echado, mirando los insectos, o jugando.

Se dio cuenta de que esa existencia dependía de los dueños de casa, en torno a ellos giraba todo; sus diversiones y sus ocupaciones eran también las de los perros. Y, como dije antes, en parte eso conformaba a Jim o lo hacía tener la sensación de cuidado y protección que nunca antes tuvo.

La versión opuesta a la anterior señalaba que después de un tiempo Jim se recuperó, sanó de sus heridas y se sintió feliz de reencontrarse con su hermano. Entonces, una noche de primavera, con el cielo despejado y apuntado por las estrellas, levantó su hocico y quiso aullar como lo hacía sobre el risco del cerro. No lo hizo para no despertar a nadie. Salió al patio. Se encontró con su hermano. Se olfatearon y refregaron sus narices. Uno pasó su lomo por debajo del cuello del otro. Jim se alejó hasta el fondo del patio, cruzó el cerco de madera y siguió la línea del camino por donde

había llegado. Escuchó atrás que su hermano ladró una vez. Contestó el ladrido de despedida y siguió avanzando.

Por la mañana tenía adelante de nuevo los cerros. Subió hasta los terraplenes, y otra vez se sintió ágil, fuerte, como si fuera un cachorro recién llegado a ese lugar.

